

# COCINERO CAMPESTRE

Por Atilio Barahona

Nací en Mendoza, Argentina. Viví donde a mi Nona le tocaba: era trabajadora rural. Con ella aprendí a cocinar, vivíamos pidiendo al cielo que la tormenta nunca tocara nuestro suelo, las promesas que se hacían para tener una buena cosecha para lograr el techo propio. Y mi recuerdo profundo era hacer el almuerzo, ir al gallinero por huevos y alguna gallina, a la chacra por verdura: tomate, zapallo, chauchas, cebolla, zanahoria. Las papas venían del mercado. Así preparaba todo para hacer a los 9 o 10 años la comida. Mi Nona no sabía que cuando llegara a cocinar ya tenía la comida haciéndose, cuando me vio yo pensé: “uy se va enojar por los cuchillos” y me abrazó y me dijo: “esa es mi tarea”, me miró dijo “gracias, está muy rica tu comida”. Hice lo que ella hacía. El pelar papas, cebollas, zapallo, los cortaba en cubitos y los metía en la olla de hierro, con un poco de grasa de cerdo; yo no conocía el aceite, así es que ponía las verduras a freír, las sacaba y ponía las presas.

¿Cómo empieza esa vocación por la cocina? Fue como conté antes, en lo de mi Nona. Allí aprendí a hacer conservas y dulces; embutidos: jamones, chorizo seco, morcilla, quesos de cerdo, salames... todo era de cerdo. Así preparábamos todo para el invierno porque en esa época no había tomates ni verduras y frutas porque eran de estación. Y en invierno solo existía lo que habíamos guardado y elaborado en verano. Y cuando íbamos a Mendoza -así le decíamos- parecíamos el ekeko por los bolsos, cajas, gallina, pato, jamones y dulces. Era una fiesta cuando llegábamos. Era todo nuevo, venir y jugar con los primos hasta que se podría todo porque siempre hay un dueño de la pelota.

Y así seguíamos hasta pegar la vuelta, ir a la terminal del fifi, o la cita. Eran unos micros gigantes, los famosos Leyland. Era todo chapa: piso, asiento, solo tenía puerta delantera, doble hilera de asiento color gris con una raya azul y un letrero que decía Rivadavia. La terminal estaba en Amigorena y Primitivo de la Reta, y salía por Garibaldi hasta Bandera de los Andes, Carril Nacional, o Ruta 7.

Así, el micro nos paseaba por Guaymallén, Rodeo del Medio, Km 8, Km11, Beltrán, Palmira, Junín, San Martín y Rivadavia. “Uy para en todas las paradas”. Y antes pasaba por Los Árboles, Reducción, que era ya Rivadavia. Nos bajábamos en la ruta y de ahí caminar unos cuantos km para llegar cansados a la casa, ya de noche.

Al otro día, despertar temprano con el canto de los gallos, pero la verdad es que silencio te hace descansar. Y ver como si fueran años que nos habíamos ido... el olor de la mañana era una frescura, cerrás los ojos y lo sentís tan puro que te parece extraño.

En aquellos años la población no era como la de hoy. Y las costumbres, tampoco. La modernidad hizo que las zonas rurales desaparecieran y se convirtieran en grandes urbes.

Ya las estrellas no se ven, pero bueno, es triste, pero es el avance que se sufre en la modernidad.

Pero volviendo a mí como centro del meollo... fui creciendo con ese sabor campestre, y cuando llegué a la ciudad de Mendoza ya no venía con mi Nona. Solo venía con lo puesto. Porque era mi ropa de salida: alpargatas nuevas y la ropa que era de la escuela. De puro agrandado me subo a un taxi y le digo: "Olascoaga 1222". Y el tipo me lleva para otro lado y le dije: uno, no me lleva a dónde le pedí y –enojado- agregué: "yo sé dónde es". Olascoaga... no sabía que había muchas calles con el mismo nombre...Las Heras y de ahí al centro y cuando se cansó me llevó a Olascoaga 1122 de San José. Me bajé llorando, era chico. Y a mi viejo le salió 1000 peso la joroba. Ahí empezó mi desventura en Mendoza. Mi Nona me había dado sus ahorros para traer, pero no alcanzaron para pagar el taxi. Ya aquí me inscribieron en la José Estrada. Al tiempo, no sé la razón, volví a Rivadavia y terminé mi primaria. En mundo nuevo, esa escuela agraria que me enseñó todo lo que aun hoy tengo. Esas técnicas. Sigue la historia...

